



Laudatio pronunciada
por el Dr. José Antonio Goñi
en el acto de entrega del galardón del
VI Memorial Pere Tena de Pastoral Litúrgica
al P. Juan José Flores, osb

Si me dijeran que calificara con una palabra, con un adjetivo a Juan Javier Flores Arcas, nuestro homenajeado, sería “impresentable”. Juan Javier es “impresentable” y me atrevería a decir que todos los que estáis aquí hoy conmigo opináis lo mismo. Y principalmente es por dos razones por las que digo que Juan Javier es “impresentable”.

- La primera es porque prácticamente todos los que estamos hoy aquí conocemos a Juan Javier, por lo que no necesitaría presentación, es por tanto (en dos palabras) “im-presentable”.
- La segunda porque a lo largo de su vida ha abarcado tantos aspectos, ha tenido relación con tanta gente, ha impartido tantas clases, ha publicado tantos artículos y libros, ha participado en tantos acontecimientos eclesiales que enumerarlos sería imposible. Nadie sería capaz de hacer, por ello, una presentación en condiciones.

No obstante, voy a intentar acercaros algo la figura de Juan Javier.

En primer lugar debo señalar que su nacimiento estuvo marcado por dos hechos, el 7 de marzo de 1951.

- Nació el día en el que la Iglesia celebraba al gran santo Tomás de Aquino. Como sabéis fue un 7 de marzo pero bastantes años atrás, en 1274, cuando murió el doctor angélico camino del Concilio II de

Lyon. Aunque desde la reforma postconciliar esta celebración pasó al 28 de enero, para sacarlo del tiempo de Cuaresma, dado que fue en esa fecha del año 1369 cuando se trasladaron sus restos mortales a su actual sepultura en Toulouse desde la abadía de Fossanova, que no hace muchos meses visitamos juntos. De modo que podríamos decir que ya desde su nacimiento la teología entró en su vida.

- Por otra parte, no había pasado ni un mes desde que se publicara la renovación de la Vigilia Pascual, primer fruto de la reforma litúrgica iniciada por la Comisión Piana. Así que podríamos decir que es hijo de alguna manera del nuevo espíritu litúrgico iniciado por el movimiento litúrgico, que tantos años ha explicado en su asignatura “Introducción a la Teología Litúrgica” cuyos apuntes propiciaron la publicación de este libro.

Y dicho esto, son dos los rasgos que quiero destacar de la vida de Juan Javier: hombre de Dios y destacado liturgista.

Juan Javier es un hombre de Dios, ha entregado su vida a Cristo como hijo de San Benito. Nació en una familia dedicada a la “salus corporis”, desde pequeño vio cómo su padre atendía enfermos en la consulta de casa. Y él también decidió dedicarse a la “salus” pero a la “salus animarum”. Y esta vida espiritual ha sido vivida bajo la Regla de San Benito como monje del monasterio de Santo Domingo de Silos, aunque sus andaduras benedictinas las inició en la abadía del Valle de los Caídos (donde he de decirlo como curiosidad, que tan de moda ha estado ese monasterio a finales del año pasado ligado a la exhumación de los restos de Franco, él vivió en primera persona la inhumación de esos restos en noviembre de 1975). Su vida monástica ha transcurrido entre Silos y la abadía primada de San Anselmo de Roma, donde desde hace algo más de 25 años es uno de sus miembros habituales. De modo que no hay un miembro de la Orden de San Benito que no conozca al padre Flores. Es un hombre de Dios en el que encontramos las dos caras de la moneda: conjuga la vida espiritual con saber tener los pies en el mundo, lo trascendente con lo inmanente. El salterio forma parte de su idiosincrasia como si fueran los dientes con los que mastica su vida espiritual, la Liturgia de las Horas es su alimento fuerte como hijo de San Benito, que ha forjado su vida, la celebración de la misa en un perfecto *ars celebrandi* ha forjado su espiritualidad. No solo da vida al *ars celebrandi* sino que no se resiste a llamar la atención a los sacerdotes que no les ve celebrar como corresponde o que no tienen dispuesta la iglesia para acoger la liturgia según el espíritu del Concilio Vaticano II.

En segundo lugar, Juan Javier es un destacado liturgista. Desde que terminó sus estudios y se doctoró en liturgia ha dedicado su vida a la docencia, a la investigación, al asesoramiento litúrgico, a impartir a charlas, conferencias, a participar en congresos y jornadas litúrgicas... Pocas veces habrá dado un "no" cuando se le ha pedido algo relacionado con la liturgia. Ha sabido reflexionar y hacer reflexionar sobre la liturgia. No sabría decir cuántos alumnos han pasado por sus manos. No ha sido un profesor fácil, algunos podrían decir que sus asignaturas son de las temidas en San Anselmo. Yo que tengo el defecto de guardar todo, os voy a enseñar los apuntes (dispensas en italiano) de la asignatura de iniciación cristiana. Todos sus alumnos hemos mirado con miedo la pizarra en sus exámenes donde había escritas unas frases en latín y había que reconocer de qué santo padre eran. O le hemos escuchado responder a los alumnos aventureros sobre si en el examen habría una pregunta a elección. "Claro que sí, a elección del profesor", respondía. Sin embargo esa "dureza", digamos, se veía complementada con una gran paternalidad. Siempre ha tenido una gran preocupación por los alumnos. No sé cómo lo hace pero sabe sus nombres, país de procedencia, etc. Se preocupaba por resolver los problemas que los alumnos le presentaban como si fueran suyos propios. Lleva algún detalle para que esos alumnos que son padres de familia puedan llevar a sus hijos al volver a casa, o pregunta por la salud de un familiar enfermo de un estudiante (que la verdad no sé cómo se entera). Gestiona descuentos en las editoriales para que los alumnos puedan comprar las fuentes litúrgicas sin un gran coste económico. Y ese "cariño" hacia el alumnado se nota cuando vaya donde vaya aparece algún estudiante que lo recibe, lo acoge... Y no solo estudiantes: un día regresando en taxi a San Anselmo cuando fue a pagar al taxista, éste le dijo: no puedo cobrar al padre Flores. Puedo decir que lo conoce hasta el papa, cuando en alguna reunión preparatoria de algún sínodo por circunstancias no pudo ir, el papa le dijo después a ver qué había pasado que no había estado. A pesar de dar alguna asignatura repetidamente, nunca se ha conformado con sus apuntes, sino que continuamente los ha actualizado. No ha salido una encíclica, exhortación apostólica o documento del magisterio pontificio que en la siguiente clase no haya una referencia al mismo. Ha participado en Sínodos, en la redacción de documentos magisteriales, incluso algún texto papal salió de su pluma (pero no lo digáis), consultor de la Conferencia Episcopal Española primero y del Culto Divino después. Ha colaborado activamente siempre con el Centre de Pastoral Litúrgica. Sus escritos en *Phase* son abundantes y no hay periodo de vacaciones que no dedique parte de su tiempo a

preparar un artículo o un libro, como el pasado verano cuyo fruto acaba de ver la luz. Sus artes de gestor los ha demostrado como Preside de San Anselmo y como rector después. Las altas esferas vaticanas valoran su gestión. Quiero contar como muestra al respecto que cuando en el prefecto de la Congregación para la Educación Católica necesitaba alguien de confianza para intervenir en el *Camelianum*, llamó a Juan Javier y lo nombro Preside dispensándolo de todo requisito: profesor ordinario, miembro de la orden de San Camilo, etc. Y con diligencia supo llevar a buen puerto su cometido. Tal es así que los superiores del *Camelianum* le decían: Padre Flores, si lo hubiéramos conocido antes, no habríamos cerrado el Instituto.

Podría extenderme más, podría contar más detalles, situaciones que siguieran demostrando su talla humana, su amor por la liturgia y su honda espiritualidad. Pero como dije al inicio, Juan Javier es impresentable. No se le puede presentar pues haría falta muchísimo más que este breve espacio que yo he dedicado.

Sin embargo, para todos nosotros es claro que merece recibir el Memorial Tena para poner de relieve cómo ha defendido y divulgado la reforma litúrgica promovida por el Vaticano II como consultor, profesor, *preside* del Pontificio Instituto Litúrgico San Anselmo y rector del Ateneo Anselmiano (Roma), colaborador del CPL y durante tantos años colega de Mons. Pere Tena. Somos muchos los liturgistas del siglo XXI los que hemos aprendido de él y hemos acudido a él como un maestro y bebemos de su sabiduría litúrgica como de los grandes maestros de la historia de la liturgia.